

CONOCIMIENTO SISTEMÁTICO DE LA HISTORIA

El problema que nos ocupa ha sido muchas veces estudiado. Y quizá sea Ortega y Gasset¹ quien haya dado en el clavo, cuando afirmó, en resumen, que la historia tiene una articulación vital en la medida de que los elementos que componen nuestro conocimiento de los hechos 'funcionan' integrándose y combinándose, apoyándose mutuamente hasta constituirse como una estructura organizada: y esa articulación, según el maestro español, forma siempre un sistema. Aquí trataremos de fundamentar, por otras vías, una tesis semejante, confiados en que, además de afirmar, podremos demostrar que el conocimiento histórico es un conocimiento sistemático, y que, por tanto, es lícito hablar de 'ciencia' en historia.

Nuestra preocupación se origina en la necesidad de revisar la posición de los 'datistas' —que suele llamarse tradicional—, según la cual el *métier* propio del historiador consiste en exhumar documentos, ya que cada uno de ellos representa un hecho histórico concreto. De tal manera, el hecho histórico sería 'eso' que dice el documento, 'eso' que ocurrió tal cual allí se expresa. Para esta posición, cuantos más documentos exhume un investigador, más hechos conocerá; todo lo demás queda al margen de la historia: la historia es lo que fue, y lo que fue está allí, en los documentos que contienen los archivos y que nos suministran 'datos'.

La aceptación de esa tesis supone renunciar a toda posibilidad de ciencia histórica; y en verdad, a los 'datistas' les tiene sin cuidado tal eventualidad. Ellos, apoyados en la robusta autoridad de Meyer, afirman categóricamente que la historia "no es una ciencia sistemática", y al historiador "le tiene sin cuidado el que se dé [a su estudio] el nombre de ciencia o se le niegue", pues a la historia "le basta sencillamente con

¹ ORTEGA Y GASSET, José: *Historia como sistema*. Madrid. Revista de Occidente, 3ª ed., 1958. *Vide* principalmente cap. I y VIII.

existir y con satisfacer, tal y como existe, una innegable satisfacción humana (por muy bajo que, teóricamente, se la quiera valorar), exactamente lo mismo que le basta con demostrar que un hecho histórico existe o ha existido, ya encaje o no en un esquema intelectual apriorístico”². De esta manera, claro está, la historia no será otra cosa que un mero encadenamiento lineal de hechos, avalado cada uno de ellos por sendos testimonios. Y el conocimiento de la historia sólo se podrá lograr por el ensamblamiento lineal de los datos contenidos en los testimonios: en otras palabras, la historia se resuelve en una ‘serie’. Por tanto, al historiador le bastan los documentos: lo que no sale directamente de allí es pura cháchara filosofante, propia de esos nuevos especímenes que se ocupan de ‘historia social’, ‘historia económica’, ‘historia de la cultura’ y otras cosas semejantes. Pero la historia sin adjetivos ni limitaciones, la historia ‘a secas’, está constituida por los hechos históricos representados por los datos insertos en los documentos.

Sobre el particular, es oportuno recordar una valiosa aseveración del sabio y experimentado historiador francés Marc Bloch: “No se puede dar peor consejo a un principiante que el de que espere, en actitud de aparente sumisión, la inspiración del documento”³. Y ello se debe a que el hecho histórico no es lo que dice el documento, sino otra cosa. Y para conocer esa otra cosa que es el hecho histórico se necesita algo más, mucho más, que el ícono testimonial y el dato que éste proporciona.

Afirmar que sin testimonios no es posible el conocimiento histórico, es una perogrullada; pero esto no supone que la mera presencia del testimonio provea a alguien de conocimiento histórico. En verdad, no hay un solo conocimiento que el historiador pueda despreciar, ya que todo su saber, de alguna manera, le permitirá identificar el hecho histórico y conocerlo. Esta afirmación nos lleva a enfrentar de plano el problema de la índole del hecho histórico y de su conocimiento.

§ 1. INDOLE DEL HECHO HISTÓRICO

Es indudable —y esto satisface mucho a los ‘datistas’— que el hecho

2 MEYER, Eduard: *Kleine Schriften zur Geschichtstheorie und zur wirtschaftlichen und politischen Geschichte des Altertums*, traducción de Carlos Silva con el título de: *El historiador y la Historia Antigua. Estudios sobre la teoría de la Historia y la Historia económica y política de la Antigüedad*, México-Buenos Aires, F.C.E., 1955, vide pp. 3 y 23.

3 BLOCH, Marc: *Apologie pour l'histoire, ou métier d'historien*, traducción de P. González Casanova y M. Aub con el título de: *Introducción a la historia*, México-Buenos Aires, F.C.E., 1952, p. 54.

histórico reúne tres características esenciales: preteridad, unicidad y singularidad. Es pretérito porque se ha dado ya en el tiempo. Es único en cuanto absoluto, es decir separable de todo lo demás. Es singular a mérito de sus particularidades individuales respecto de otros de su misma especie. Y en razón de estas tres características ontológicas, el hecho histórico es irreversible.

Tenemos aquí un documento. Es un manuscrito autógrafo de Manuel Belgrano, que dice:

El reo don Antonio de Medina deberá estar sin prisiones en la fábrica de fusiles, pero no podrá salir de ella sino a misa tan solamente en los días de precepto, o cuando tenga que cumplir con alguna obligación cristiana, y en tales casos irá siempre acompañado de un soldado de confianza.

Dios guarde a V. S. muchos años. Estancia de las Juntas, 21 de enero de 1814.

(Fdo.) Manuel Belgrano

Señor Mayor General Interino de la Patria.

He aquí, dirá el ‘datista’, un documento que acredita un hecho histórico. Tal hecho es pasado, porque ocurrió en 1814; es único, y la prueba concreta reside en que aquí está, ante mí, separado de todo lo demás; es singular, porque tiene características propias que lo diferencian de cualquier otro oficio u orden emitido por Belgrano. Es un hecho histórico cabal, irreversible. Y para conocer ese hecho, me basta con leer el documento, auxiliado de la técnica neográfica que me enseña a descifrar la abigarrada letra del firmante. Y no hay más.

Este hecho, podría agregar, encaja perfectamente en una serie lineal; cualquier duda que se me presentare, podré solucionarla con la simple recurrencia a los documentos de la serie. Y entonces se presenta la primera grave situación para el ‘datista’, pues la serie lineal le abrirá un serio interrogante: el documento de marras está dirigido al ‘mayor general interino de la Patria’, y sin embargo fue conservado por San Martín en su archivo particular, pese a no haber sido nunca ‘mayor general interino’ de tal ejército. En la época, fueron mayores generales ‘interinos’ Díaz Vélez y Balcarce; pero San Martín fue designado titular de esa mayoría. Cabe preguntar entonces por qué ese agregado de ‘interino’; y la solución no se hallará en ningún documento concreto, sino en la crítica realizada sobre diversos documentos. Así, pues, no hay un mero

ensamblamiento serial, sino que además se hará necesario un análisis hermenéutico. Claro está que tal análisis requiere los documentos; pero los documentos solos no bastan para conocer ese hecho histórico.

Además, el 'datista' no repara en otro aspecto importantísimo: si el lector del documento no supiera qué significa 'misa', 'día de precepto', 'obligación cristiana', 'reo', 'soldado de confianza', no entendería lo que dice Belgrano; si no supiera qué es una nación, un ejército, un general en jefe, un mayor general, le sería imposible dar coherencia a eso que llama 'hecho histórico', a pesar de contar con todos los elementos 'documentales' de la 'serie'. En consecuencia, la identificación de tal 'hecho histórico' obliga a recurrir a conceptos que corresponden al derecho, a la religión, a la moral, a la política, a la psicología, al arte militar, etc.: quien desconozca el significado cabal de los referidos términos, jamás podrá identificar el 'dato' que contiene el documento. Y si, por otra parte, el lector de ese oficio desconociera el desarrollo de la guerra de la independencia argentina, el mentado 'hecho histórico' le resultaría ininteligible, pese a tener ante sí el ícono purísimo, el manuscrito autógrafa de Belgrano que se conserva en el Museo Mitre de Buenos Aires (Archivo de San Martín).

La identificación del 'hecho histórico', por tanto, no depende sólo, como supone el 'datista', de lo que dice el documento. Para identificarlo hay que ubicarlo en su ambiente; y entonces habrá posibilidad de conocerlo porque podremos comprender el sentido del dato que contiene tal documento. Ese 'sentido' no está en el mero 'dato', ni tampoco en la 'serie' de datos concatenados a la manera de una sucesión lineal de eslabones; el 'encadenamiento' es múltiple, diverso, polifacético: para usar la conocida expresión de Huizinga⁴, podemos decir que se asemeja a un ramo de flores, cuya armonía se da exclusivamente en el conjunto. En ese conjunto armónico, y sólo allí, está la individualidad del 'hecho histórico', porque sólo en ese conjunto armónico se da la unidad del sentido del 'hecho histórico'.

Respecto de este problema de la individualidad del hecho histórico, ha dicho acertadamente Maravall: "Lo individual de la Historia no está en el dato aislado, sino en la conexión irrepitible en que se da. Lo individual es el conjunto; el hecho histórico no es un dato, es un enca-

4 HUIZINGA, Johan: *De taak der cultuurgeschiedenis* ["La tarea de la historia cultural"], publicado inicialmente en *Cultuurhistorische verkenningen*, Haarlem, 1929. Reproducido en castellano en la obra del mismo autor titulada: *Hombres e ideas; ensayo de historia de la cultura* [traducción de A. Leal], Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1960, pp. 17-70 [37].

denamiento. La singularidad de la historia es la singularidad del conjunto, un conjunto en que se da una recíproca solidaridad de las partes, en el que todo es inmanente a éstas por cuanto las partes sólo existen, con su propio sentido, en el conjunto"⁵. Ese conjunto en el que se da la unidad de sentido es lo que el mismo Maravall llama 'estructura': en ella aparece la individualidad irreversible del hecho histórico, porque sólo en ella tienen cabida las categorías ontológicas de unicidad, singularidad y preteridad.

Contra esta concepción de la 'estructura' como individualidad unitaria del hecho histórico hay un argumento que no puede descuidarse. La objeción consiste en que, a la postre, la 'estructura' es una abstracción que no puede delimitarse objetivamente. Y ése es, quizá, el argumento más sólido de los 'datistas'. Ellos se oponen, por principio, a todas las configuraciones arquitectónicas basadas sobre abstracciones, aunque se valen de ellas sin saberlo —o sin quererlo saber— mucho más de lo que suponen. "Los mismos hechos —dicen, según comentario de Berlín— pueden ser acomodados en muchos patrones, vistos desde muchas perspectivas, exhibidos bajo muchas luces, todos ellos igualmente válidos, aunque algunos serán más sugestivos o fértiles en un campo que en otro, o unificar muchos campos de una manera iluminadora, o, alternativamente, presentar disparidades o abismos abiertos; algunos de esos patrones se hallarán más cerca que otros al enfoque metafísico o religioso de tal o cual historiador o pensador histórico. Pero a través de él todos los hechos mismos se mantendrán relativamente *rigidos*"⁶. Si esto es así, los 'hechos mismos', mejor dicho los 'datos', deben ser susceptibles de identificación ya que están ahí, son realidades concretas, han sido experimentados por otros; y la relatividad de su rigidez va a la zaga de la relatividad de todo el saber humano. En última instancia, y si no queda otro camino que el de 'conformar' de alguna manera la sucesión de datos, prefieren la 'serie' como ensamblamiento lineal de sucesos, al estilo de Xénopol; si hay que valerse de abstracciones, es preferible una abstracción menor, que parte de la base concreta de que el 'hecho histórico' equivale al 'dato', y que el 'dato' sólo encaja en una 'serie' ensamblada linealmente.

5 MARAVALL, José Antonio: *Teoría del saber histórico*, Madrid, Revista de Occidente, 1958, p. 74.

6 BERLÍN, Isaiah: *Historical Inevitability*, versión castellana de N. Lerner con el título: 'Lo inevitable en la historia', Buenos Aires, Galatea Nueva visión, 1953, p. 98.

Y en este punto, como no podía ser de otra manera, el problema pasa de la índole del hecho histórico a su conocimiento: sólo podremos analizarlo a fondo desde este último punto de vista. Al fin y al cabo, el ser de las cosas carece de sentido sin el conocimiento de ese ser; las cosas 'son' sólo cuando se enfrentan a alguien, y en ese enfrentamiento reside, precisamente, la base del conocimiento.

§ 2. CONOCIMIENTO DEL HECHO HISTÓRICO

Si entendemos por 'experiencia' toda sensación, toda intuición, toda volición, todo conocimiento, en una palabra todo pensamiento, para saber qué es una realidad cualquiera resulta indispensable experimentarla. En síntesis, desde el punto de vista del conocimiento no es posible hablar de una realidad separada de la experiencia. De allí la categórica afirmación de Oakeshott: "No hay separación posible entre la realidad y la experiencia; la realidad es experiencia y nada más que experiencia" ⁷.

Eso que llamamos experiencia no es otra cosa que la actividad dinámica y continua de nuestra mente, nuestro intelecto, nuestra conciencia, en donde las ideas no se hallan estacionadas ni estratificadas, sino en permanente y fecunda labor crítica. Así, nuestra mente, nuestro intelecto, nuestra conciencia, contiene la totalidad de nuestras ideas que, al mismo tiempo, constituyen una unidad coherente; y debido a que es una totalidad-individual-coherente, ese conjunto dinámico-crítico de ideas es un 'mundo'.

Tal 'mundo de ideas' es también, por lo que queda dicho, nuestro 'mundo de la experiencia'; y, por tanto, nuestro 'mundo de la realidad'. Y como ese mundo existe en nosotros aquí y ahora, es siempre presente: sólo desde el presente, pues, es posible organizar nuestra experiencia, la cual, por otra parte, es también siempre presente. Conocer una experiencia pasada requiere una experiencia presente; de allí que sea imposible la pretensión de conocer una realidad pasada como algo no presente ⁸.

Conocer algo científicamente equivale a conocerlo sistemáticamente, entendiendo por sistema, con Kant, 'la unidad de las formas diversas del

⁷ OAKESHOTT, Michael Joseph: *Experience and its modes*, Cambridge, C.U.P., 1933, p. 54. [De próxima aparición la versión castellana].

⁸ Cf.: *Ibidem*, cap. II y III, *passim*.

conocimiento bajo una sola idea" ⁹. Así, para hablar de conocimiento científico en historia es preciso transformar en 'sistema' el mero agregado de datos percibidos. Si nuestra mente es incapaz de organizar unitariamente ese mero agregado de datos, será mejor que renunciemos a la pretensión de un conocimiento científico de la historia.

Pero ocurre que, bien mirado, ni siquiera puede hablarse de la existencia de un 'mero agregado de datos' en nuestra mente; pues ya hemos anotado, en la línea de Oakeshott, que nuestro 'mundo de ideas' es unitario y coherente y no puede ser de otra manera: sin unidad coherente no habría mundo de ideas, y sin ésto tampoco experiencia ni realidad.

La construcción de 'sistemas' no es más que el resultado de la fecunda labor crítica propia de nuestra permanente actividad mental. Y ese resultado depende de la 'intención' con que organicemos nuestro mundo de ideas, vale decir nuestra experiencia presente. Así llegamos a la postulación de Oakeshott: la historia resulta de la intención de organizar nuestra experiencia presente como si fuera un sistema de acontecimientos pasados (*sub specie praeteritorum*) ¹⁰. La fecunda labor crítica de nuestro 'mundo de ideas' sistematiza la experiencia presente en esa dirección. Todo cuanto hay en nuestro 'mundo de ideas' trabaja intensa y críticamente para alcanzar esa meta: todos los conocimientos adquiridos por el historiador le auxilian, así, en esta tarea, que es su tarea específica.

Quedamos, hasta aquí, que el conocimiento sistemático de la realidad histórica, como de toda realidad, sólo puede darse en nuestra experiencia presente. Y sólo conociendo la realidad histórica podremos individualizarla. Pero ha de notarse que esa realidad, conforme advierte Collingwood, no consiste en el mero espectáculo de lo sucedido, sino en ese espectáculo junto con los pensamientos que lo generaron y produjeron ¹¹. Un hecho histórico es, entonces, la fusión íntima e indisoluble del espectáculo y el pensamiento agente, de la mera y estéril exterioridad y la fecunda interioridad, del frío dato testimonial y el proyecto o 'plan' elaborado en el calor de una mente pensante capaz de crear ese dato. La pretensión de conocer sólo lo externo, el espectáculo, el desarrollo de acontecimientos sucesivos, es desde todo punto de vista ridícula, por-

⁹ Cf. FERRATER MORA, José: *Diccionario de filosofía*, Buenos Aires, 4ª ed., Sudamericana, 1958, artículo *Sistema*, p. 1254/55 [vide p. 1255, col. 11].

¹⁰ OAKESHOTT, M. J.: *op. cit.*, p. 111.

¹¹ COLLINGWOOD, R. G.: *The Idea of History*, versión castellana de E. O'Gorman y J. Hernández Campos con el título 'Idea de la Historia', México-Buenos Aires, F.C.E., 1952, vide 'Epilegómenos', I, pp. 238-267.

que aspira a conocer la 'mitad' metafórica de la unidad indisoluble que es el hecho histórico real¹².

El grave error de los 'datistas' consiste en concebir al hombre como mero fabricante de cosas, como *homo faber*. Al historiador no le interesa el *homo faber*, sino el *homo creator*, el hombre creador de planes mediante los cuales forja su propio destino. Y sólo conoceremos un hecho histórico, un hecho del *homo creator*, cuando seamos capaces de re-crear en nuestra propia mente, en nuestro propio 'mundo de ideas', en nuestra propia experiencia presente, la actividad intelectual que generó y produjo ese hecho¹³.

Precisamente por eso es radicalmente falso concebir la historia como un ensamblamiento lineal de datos sucesivos, vale decir como una 'serie' de eventos registrados. "La historia —dice Oakeshott— nunca es una mera serie, nunca se ocupa de lo que es meramente sucesivo. Es un mundo porque es incapaz de mantenerse de ninguna otra manera. [...] La 'serie histórica' es un espantajo, y si hemos de lograr una visión coherente acerca del carácter de la historia, debemos librarnos de su influencia"¹⁴.

La noción de 'estructura' que postula Maravall no sólo es mucho más rica que la de 'serie', sino que además, es real. La 'estructura' no es otra cosa que el ordenamiento sistemático de un momento del 'mundo histórico' (entendiendo por 'mundo histórico' la experiencia presente organizada *sub specie praeteritorum*). Pero ese 'momento', lejos de ser, como la serie, un mero acaecer sucesivo y ensamblado linealmente, representa la adecuación de la totalidad de las ideas y, con ello, su individualización. Y ese 'momento' de la totalidad-individualidad, ese momento del mundo histórico, consiste en la fusión íntima e indisoluble de los datos y los pensamientos-agentes, porque gracias a esa fecunda labor crítica del mundo de ideas se ha logrado discernir esos pensamientos al comprender el sentido que encierran los datos. Ese 'sentido' no está en un dato ni en un pensamiento, ni tampoco en un dato y 'su' pensamiento: está en un conjunto coherente de datos, armónicamente enlazados en las redes de un 'plan'. Ese 'plan' es el nexa efectivo de que habla Dilthey, el vínculo hermenéutico de los datos de su trabazón coherente, el fundamento sistemático de la 'estructura'.

Ahora podemos aseverar que la 'estructura' representa un conoci-

12 Vide CASSANI-PÉREZ AMUCHÁSTEGUI: *Del Épos a la historia científica*, Buenos Aires, 2ª ed., Nova, 1961, cap. I.

13 Cf. COLLINGWOOD, R. G.: *op. cit.*, *loc. cit.*

14 OAKESHOTT, M. J.: *op. cit.*, p. 92.

miento histórico sistemático, porque en ella se unifican formas diversas de conocimiento bajo la idea rectora del 'plan'. Y como en la estructura, y sólo en ella, se da la unidad de sentido característica del 'hecho histórico' en cuanto singular, único y pretérito, resulta que el 'hecho histórico' sólo puede conocerse científicamente cuando es el resultado de un intento por organizar la experiencia presente *sub specie praeteritorum*.

§ 3. TESTIMONIO Y 'HECHO HISTÓRICO'

Hemos mostrado ya, analizando un hecho minúsculo, cómo la comprensión de un 'dato' requiere su ubicación en la 'estructura' correspondiente. Ahora trataremos de comprobar cuanto llevamos dicho sobre el conocimiento sistemático de la historia, valiéndonos para ello de un ejemplo harto conocido, cuya 'importancia', por otra parte, nadie podrá impugnar: la muerte de César, según versión de Suetonio¹⁵:

"Mientras [César] tomaba asiento, los conjurados lo rodearon con la excusa de rendirle homenaje, e inmediatamente Cimber Telio, que se había reservado el principal papel, se aproximó a él como para pedirle un favor. Pero como César hiciera una señal de rechazo, indicándole con ella que lo dejara para otro momento, Telio le asió su toga por ambos hombros. Entonces, dado que César exclama en voz alta '¡Esto es violencia!', uno de los Casca le hiere por detrás algo más abajo del cuello. Habiéndole César tomado el brazo, se lo atraviesa con un punzón; intenta [César] lanzarse hacia adelante, pero es detenida por otra herida. Aperciéndose entonces que se le ataca por todas partes puñal en mano, se arrolla la toga alrededor de la cabeza, mientras con la mano izquierda se baja los pliegues hasta las piernas, para caer con mayor decoro con el cuerpo completamente cubierto. Así,

15 C. SÜETONII T.: *De vita Caesarum*, LXXXII: "Assidentem conspirati specie officii circumsteterunt, ilicoque Cimber Tillius, qui primas partes susceperat, quasi aliquid rogaturus propius accessit renuentique et gestu in aliud tempus differenti ab utroque umero togam adprehendit; deinde clamantem "Ista quidem vis est!" alter e Cascis aversum vulnerat paulum infra ingulum. Caesar Cascae brachium arreptum graphio traiecit conatusque prosilire alio vulnere tardatus est; utque animadvertit undique se strictis pungionibus peti, toga caput obuolit, simul sinistra manum sinum ad ima crura deduxit, quo honestius caderet etiam inferiore corporis parte velata. Atque ita tribus et viginti plagis confossus est, uno modo ad primum ictum gemitu sine voce edito, etsi tradiderunt quidam Marco Bruto irruenti dixisse "Καὶ σὺ τέκνον". Exanimis diffugientibus cunctis aliquandiu iacuit, donec lecticae impositum, dependente brachio, tres servoli domum retulerunt".

fue atravesado por veintitrés heridas, habiendo lanzado sólo un gemido al primer golpe, sin una palabra. Según algunos, empero, habría dicho a Marco Bruto que se arrojaba sobre él: "Καὶ σὺ τέκνον"; [Tú también, hijo mío!]. Habiendo huido todos en desorden, quedó [César] por largo rato tendido en el suelo, muerto; luego se le colocó sobre una litera, y tres esclavos le llevaron a su casa, con un brazo colgando".

Este 'hecho' singular, único y pretérito, fue una realidad ocurrida el 15 de marzo del año 44 a. J. C. Pero la sola circunstancia de haber sido una realidad no hace de este hecho un 'hecho histórico'. A diario asesinan gente en la calle o en su casa, y a nadie se le ocurre llamar 'históricos' a esos hechos.

Suele decirse que un hecho es 'histórico' en cuanto trasciende, en cuanto produce consecuencias dignas de consideración, en cuanto es 'importante'. Y cabe preguntarse quién establece ese grado de 'importancia', y por qué lo establece. La clave surgirá de esa diferencia (o similitud) que hemos apuntado respecto de la muerte de César y la de cualquier persona asesinada: el investigador del asesinato (el 'detective') da siempre carácter 'histórico' al suceso que investiga, porque, mediante su actividad intelectual, se esfuerza por re-crear el plan del asesino; y conocerá el hecho sólo cuando haya logrado, mediante el análisis crítico de los testimonios, la necesaria coherencia entre el espectáculo y el pensamiento agente. Con el asesinato de César ocurre lo mismo; sólo será un 'hecho histórico' en tanto sea re-creado en su realidad unitaria (externa e interna), en tanto conforme una estructura cuya trabazón coherente responda a un plan: en este caso, el plan de los conjurados. Si el asesinato de César es 'importante', se debe a que conocemos ese plan.

Pero tal plan de los conjurados no empieza exactamente 'aquí' y termina 'allá'. Ese plan es, de alguna manera, un esfuerzo por abortar el cumplimiento del plan de César; y es imposible comprender el plan de los conjurados si se desconoce el plan de César. Por otra parte, el plan de los conjurados no termina con la muerte de César: en ese momento apenas comienza el ensayo fallido de aplicar los proyectos elaborados.

Resulta, pues, que el evento 'muerte de César' forma parte de un 'hecho histórico' en el que ese acaecimiento tiene sentido suficiente. El acaecimiento en sí mismo no es más que una parte constitutiva e inseparable de la realidad unívoca que es el 'hecho histórico'. En tanto no tenga sentido suficiente, el acaecimiento no será 'histórico' por la sencilla

razón de que no puede ser experimentado por un sujeto en el presente; y si no hay experiencia presente no hay realidad cognoscible¹⁶.

Oportunamente hemos insistido en que la distinción entre historia como *res gestae* y como *rerum gestarum* es un puro artificio, y que toda división o caracterización que pretenda hacerse sobre esa base será radicalmente falsa, porque la historia se conoce o no hay historia¹⁷. Y consideramos oportuno insistir nuevamente sobre el particular, valiéndonos ahora de Oakeshott: "Un evento independiente de la experiencia, 'objetivo' en el sentido de no haber sido tocado por el pensamiento o el juicio, sería un incognoscible; no sería ni hecho, ni verdadero, ni falso, sino una no entidad. Y en la medida en que la historia es un mundo de hechos (lo cual no habrá de negarse), es un mundo de ideas que es verdadero o falso según su grado de coherencia. La distinción entre la historia como ocurrió (el curso de los eventos) y la historia como se la piensa, la distinción entre la historia misma y la historia experimentada, debe desaparecer; no es simplemente falsa, sino que carece de sentido. La tarea del historiador no es la de descubrir, recapturar o aun interpretar; es la de crear y de construir"¹⁸. Y esto es así porque la historia es siempre una re-creación, y para re-crear se hace indispensable experimentar aquí y ahora la realidad pasada, para lo cual necesitamos organizar la experiencia presente como un sistema de acontecimientos pasados (*sub specie praeteritorum*).

Sin perjuicio de ello, aceptamos la nomenclatura propuesta por Aznar en un trabajo reciente¹⁹, aunque con una breve aclaración: si la costumbre exige dar un nombre a ese acaecer pasado específicamente humano, a esa 'no entidad', puede tolerarse la sustantivación del adjetivo

16 A fin de cuentas, al científico de la naturaleza le ocurre más o menos lo mismo: tengo a mi alrededor, en el mundo que me rodea, anhídrido carbónico y agua, y no pasa nada; pero si logro en mi mente la coherencia necesaria para provocar determinadas condiciones, *ex professo*, cumpliendo el plan que fijó oportunamente el científico X, pondré en contacto ambos compuestos en mi laboratorio, y obtendré ácido carbónico. Y si no conozco ese plan, o no me forjo un plan por mi cuenta, la posibilidad de ese fenómeno químico pasará enteramente desapercibida. En resumen, como ha señalado Oakeshott, la actividad propia del científico de la naturaleza y la del historiador consisten siempre en intentos por organizar la experiencia presente (el 'mundo de las ideas'): mientras el historiador procura construir un sistema de acontecimientos pasados, el científico de la naturaleza quiere organizar su experiencia presente como un sistema de medidas (*sub specie quantitatis*). Vide OAKESHOTT, M. J.: *op. cit.*, p. 110-112.

17 CASSANI-PÉREZ AMUCHÁSTEGUI: *op. cit.*, cap. I.

18 OAKESHOTT, M. J.: *op. cit.*, p. 93.

19 AZNAR, Luis: *Los cuatro planos de la historicidad*, en RUBA, Buenos Aires, julio-septiembre de 1960, pp. 367-386 [hay *separata*]. En este trabajo, se reserva el nombre de 'historia' al proceso de resurrección del pasado (es decir la re-creación presente de un pasado específicamente humano mediante una pes-

'histórico' precediéndolo necesariamente del artículo neutro 'lo', y usar, si se quiere, tal sustantivación. Pero esto no supone, ni mucho menos, que el adjetivo 'histórico' en su acepción pristina, es decir en tanto adjetivo, pueda tener también ese valor; el adjetivo 'histórico' indica y debe indicar siempre algo que pertenece a la historia, y la única historia es la que se conoce. Si aceptamos la sustantivación antedicha es porque, con mayores o menores posibilidades de alcanzar la necesaria coherencia, es lícito suponer que todo lo específicamente humano se halla, en última instancia, sujeto a un proyecto, a un plan, que puede llegar a conocerse: esta posibilidad vincula tal 'no entidad' con la historia, y autoriza la sustantivación de referencia.

Un 'hecho histórico' no puede ser otra cosa que un hecho que pertenece a la historia, o sea un hecho específicamente humano re-creado en la experiencia presente por obra de la fecunda labor crítica del mundo de ideas de un historiador.

Para re-crear la realidad histórica, hemos dicho ya, todos los conocimientos del historiador, todo su 'mundo de ideas', se organizan *sub specie praeteritorum*. Y es indudable que la coherencia de esa realidad no puede darse en el mero 'dato' que aporta un testimonio; por el contrario, esa coherencia tendrá mayores o menores posibilidades de lograrse a proporción de la riqueza de conocimientos del historiador. Ningún testimonio, *per se*, permite el conocimiento de un 'hecho histórico': tal conocimiento sólo puede darse en el sistema estructural que resulta de la organización de nuestra experiencia presente *sub specie praeteritorum*.

JORGE LUIS CASSANI y A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI

quisa de *res gestae*), y se postula la designación de 'lo histórico' para lo específicamente humano ya acaecido; además, se define 'historiología' como la configuración de lo histórico, y 'metahistoria' como interpretación trascendente de lo histórico.

EL PRIMER ENSAYO DE UNA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA NACIONAL. "LAS LECCIONES" DE JOSÉ MANUEL ESTRADA (1866 - 1868)

El pensamiento histórico expuesto por José Manuel Estrada en sus *Lecciones sobre la Historia de la República Argentina*¹ y en *La Política Liberal bajo la Tiranía de Rosas*², encierra el primer intento de una síntesis filosófica del pasado nacional, formulada desde la perspectiva típica del liberalismo democrático de su tiempo.

Si bien Vicente Fidel López —como lo anota Carbia— antecedió a Estrada en la consideración de los conceptos historiográficos de la producción francesa, su aplicación al pasado nacional, cronológicamente, fue posterior³. En cuanto a los esbozos de una filosofía de la historia patria contenidos, por ejemplo, en los trabajos de Echeverría, en las tesis Sarmientinas o en *Las Bases* de Alberdi, aunque inspiran y nutren

1 Con este título se publicaron las conferencias que, como profesor de Historia Argentina de la Escuela Normal de Buenos Aires, leyera en los cursos de 1866 y 1868. Las correspondientes al año 1868, aparecieron ese mismo año y en el siguiente en la *Revista Argentina*, en los tomos I al V. Posteriormente fueron incorporadas en sus *Obras Completas*, Buenos Aires, Edic. Igón; 1899, vol. V. en la reedición de 1925, en los tomos II y III.

En el presente trabajo se maneja la 3ª edición de *Lecciones sobre la Historia de la República Argentina*, Buenos Aires, 1925, 2 tomos, con prólogo del doctor Carlos Ibarguren.

2 *La Política Liberal bajo la Tiranía de Rosas*, escrita en 1873 y dedicada a la Universidad de Chile, figura en el tomo IV de sus *Obras Completas*, cit. Se utiliza en este trabajo, la publicada por la Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 1927.

3 CARBIA, Rómulo, *Historia crítica de la Historiografía Argentina (Desde sus orígenes en el siglo XVI)*, Edición definitiva, Buenos Aires, 1940. En la nota 2 de la pág. 123, se refiere a la *Memoria* que López leyó en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, y que fue publicada en 1845 con el título *Resultados Generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*, donde López hace una interpretación de la historia antigua siguiendo los criterios de la historiografía francesa. Estrada haría lo mismo pero con respecto al pasado nacional.